

Cristal

Entre los cientos de pares de ojos oscuros que me miran fijamente, hay dos huecos magnéticos que atraen poderosamente mi atención. Nada puede contraponerse a su fuerza. Fascinada miro esos ojos negros. Entre nosotros impera desde el comienzo una intensidad de la mirada que es apenas soportable. Se produce una cercanía inmediata. Sin previo aviso, soy presa de su atracción. En sus pupilas se abre un túnel que me devora. Yo acababa de sobrevivir un aterrizaje forzoso en un camino de cascajo en Palpa, al borde del desierto. La avioneta parece de juguete. Inmediatamente el piloto y yo estuvimos rodeados de curiosos que parecían no haber visto nunca un objeto volador. Le pregunto a alguien por la hora.

«Son las nueve», dice un hombre.

¿Las nueve de la mañana? No entiendo. Le pregunto tres veces y tres veces me responde que sí, las nueve de la mañana. Según mi noción interior debe ser de tarde. Estoy convencida de que el hombre se equivoca. Una capa de nubes oculta el sol, de modo que es imposible adivinar la hora. ¿Acaso he caído en un hueco del tiempo?

Entre tanto el par de ojos hipnóticos no cesa de mirarme. Me absorbe. La mirada se hace más intensa. Un sentimiento de impotencia se apodera de mí. Forzosamente sostengo aquella mirada, impulsada por el mismo poder que nos tiene sometidas a ambas. ¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy? En mi cabeza todo está en blanco. Toda mi capacidad de percepción está concentrada en los ojos de la niña que se han convertido en mis ojos. En eso, nos atraviesa un rayo de inmenso poder mágico. Mi corazón da un vuelco. Ambas estamos expuestas irremediablemente a este instante. Si no fuera por el encanto que irradia la niña, hubiera enloquecido. Derrepente me había vuelto uno con una criatura desconocida. ¿Cómo es eso posible? Un alma extraña se apodera de la mía. Un alma bella. Ya sin oponer resistencia, me entrego gozosamente a su rostro delicado y sus ojos almendrados. La niña se mueve ágilmente,

llena de gracia, como una pluma al viento. Como si no fuera de carne y hueso.

«Cristal», la oigo decir, rompiendo el silencio. Deduzco que es su nombre. Ella entrecierra los ojos y por primera vez desvía la mirada. Sólo por un instante, lo suficiente para recargar la energía que impera entre las dos. Nos absorbemos mutuamente, sin objetivo alguno. Somos tan solo dos pares de ojos, entrelazados, inmersos el uno en el otro. Hace tiempo que he dejado de ser dueña de la situación. Todo me da igual. Una de las dos será la más débil, será la primera que no lo soportará más. Tarde o temprano. Los pensamientos han cesado. La levedad dentro de mí me marea. El tiempo ha dejado de existir. He aterrizado en la eternidad. Sólo existimos las niña y yo. No podría decir cuánto tiempo permanecemos así, inmersas, absortas. En la cúspide de la tensión, la niña vuelve a desviar la mirada, muestra un signo de debilitamiento. Es tan poco dueña de sí misma como yo. Allí estamos, como hipnotizadas por la cercanía. Cada vez que nuestras miradas se cruzan, estalla el mismo rayo de energía vibrante.

«Cristal», repite. Pero esta vez su voz es apenas un susurro

¿Quién será? , me pregunto. ¿Un hada con apariencia de niña? La veo como si fuera blanca como la nieve, a pesar de que lleva puesto un vestido rojo. Por fin parece hartarse, me vuelve la espalda y se va, abriéndose paso entre la concurrencia. Yo la sigo disimuladamente. Pero sé que ella sabe que estoy tras de ella.

«Cristal», la llamo. Ella hace una mueca, ríe y sale corriendo. Por más que trato de no perderla de vista, ella logra escabullirse. Todo sucede en silencio, en medio de la muchedumbre. Vuelvo entonces a la cruda realidad y me percato de las demás personas que por un tiempo indeterminado han dejado de existir para mí. Y cuando ya casi la he olvidado, vuelve a aparecer en mi campo visual, impelida por esta fuerza sin nombre. Pero esta vez evita mi mirada, me da ostentativamente la espalda. Una hendidura en su vestido revela su suave piel oscura. Mecánicamente mi mano se extiende y acaricia su piel. La niña no se vuelve, no reacciona, parece convertida en una estatua de sal.

»Cristal«, la llamo nuevamente. Ella huye despavorida, pero se detiene a pocos metros y se vuelve hacia mí, tapándose los ojos con las manos. Tiene miedo de mirarme. Sin duda, teme mis ojos.

«Cristal», la llamo una última vez, acariciando suavemente su cabeza. Ella entonces rompe a llorar. Solloza desesperadamente ante la vista impotente de todo el mundo. En vez de correr, se queda parada ahí, como clavada por un conjuro, llorando, rendida al hechizo de mi mirada. No sabe lo que acaba de suceder. Que se ha perdido. En mí. Transcurren unos minutos terribles. Ella sigue allí, permanece en un estado de petrificación, con las manos fuertemente tapándose los ojos.

«¿Por qué no se va?», preguntan algunas voces a mi costado. La niña llora y llora. Nadie intenta salvarla de su situación torturante. Por fin se desprenden dos brazos decididos de la multitud y la alzan a la libertad.

Gundula Schulze Eldowy